

RESERVA DE SOLIDARIDAD

JESÚS MARÍA ALEMANY

Migrantes y refugiados subsaharianos o del norte de África huyen de la muerte a causa de la guerra y del hambre. Han visto a sus compañeros de camino poblar de cadáveres el desierto, ser violentados en una Libia subvencionada por dinero de la UE como frontera exterior o ser tragados por ese mar que ya no es el Mare Nostrum sino el de unos cuantos países privilegiados. La solidaridad española en el caso del Aquarius y del Open Arms, en Valencia y Barcelona, ha sido una buena noticia con titulares. El drama de los rescates dificultados por Gobiernos europeos que cambian vidas por votos es un espectáculo inhumano aunque con razón se puede sostener que el problema no es de un país sino de toda la Unión Europea.

Pero las mejores noticias no suelen estar en los titulares de los medios sino en la vida real. Queda sin tinta la enorme reserva de solidaridad ejercitada sin estar prevista porque la vida y la muerte sobrepasan los protocolos administrativos y políticos. He escuchado por radio a la alcaldesa de Tarifa y me ha conmovido. Mientras los medios de comunicación seguían los avatares de Aquarius y Open Arms, el sur de España recibía una imprevista cantidad de pateras en pésimas condiciones de navegación y con densidad de mujeres y niños. Tarifa y Almería sobre todo se vieron sobrepasados en sus medios de emergencia humanitaria y en sus protocolos habituales. La alcaldesa ordenó abrir el polideportivo aunque no era la solución y pidió por radio a los vecinos colaboración para acoger y proteger a quienes estaban llegando. Cien vecinos se ofrecieron inmediatamente como voluntarios y otros muchos trajeron víveres, medicinas, medios para la subsistencia y descanso. No solucionaban el gran problema de fondo pero eso no era obstáculo para sembrar gestos de vida.

Me sentí agradecido y pensé en quienes están ejerciendo la compasión de forma natural y discreta pero eficaz sin perderse en eternos debates. Miembros de Salvamento Marítimo y de ONG que viven con la radio incorporada a sus oídos, hombres y mujeres de la Guardia Civil en cuyos brazos vemos a naufragos chiquitines cuando sus superiores políticos no les conducen a nuevos Tarajales, vecinos que abren sus casas y sus corazones a llegadas imprevistas sin pedir papeles para justificar el hambre. Uno que es todavía ingenuo se ha preguntado si podría contribuir algo la Unidad Militar de Emergencias ya que no hay catástrofe, inundación o incendio en que mueran más gente que en el gran reto del siglo XXI: las migraciones.